



© Mariano Martín Rodríguez

Leyendas épicas paganas de Baleares

*TRADUCCIÓN, EDICIÓN E INTRODUCCIÓN DE MARIANO
MARTÍN RODRÍGUEZ*

En *L'Atlàntida* [*La Atlántida*] (1877), la epopeya catalana de Jacint Verdaguer (1845-1902), la narración de las aventuras de Heracles/Hércules en Hesperia/Hispania ofreció un modelo de éxito local e internacional de empleo moderno de un material legendario pagano heredado de la Antigüedad y puesto al servicio de la exaltación de las excelencias de la propia nación y su territorio, que para Verdaguer coincidían con una España que culturalmente abarcaría toda la península ibérica y las islas ligadas históricamente a ella (Baleares y Canarias). *L'Espanya naixent* [*La España naciente*], que es título del poema anterior libre de las excrecencias colombinas añadidas a su ampliación por Verdaguer al redactar *L'Atlàntida*, es un espacio mítico en el que Alcides (otro nombre de Heracles),

va configurando mediante sus hazañas sobrehumanas y sobrenaturales la definitiva apariencia natural (por ejemplo, el estrecho de Gibraltar o la cordillera de los Pirineos) y humana de Hesperia/Hispania, entre otras cosas mediante la fundación de ciudades como Barcelona, la que sería la capital de la región nacional catalana. De esta forma, España entera, según su concepto verdagueriano, pasaba a contar así con un etnogonía mítica pagana comparable a las empleadas en gran parte de Europa, desde Irlanda hasta Polonia y desde Islandia hasta Grecia, para ligar simbólicamente la nación moderna con un pasado antiguo prestigioso y, sobre todo, étnico, en la medida en que los distintos paganismos europeos se oponían implícitamente al universalismo cristiano, cuyo fundamento mítico era, además,

ajeno en cierto modo a Europa, al ser hebreo y, por consiguiente, tener su origen en el antiguo Oriente.

Como España en su conjunto carecía realmente de una materia pagana autóctona tras haberse perdido esta a consecuencia de la romanización, salvo briznas poco explotadas como la materia turdetana de Gárgoris y Habis, la empresa de Verdaguer no solo se la concedía, sino que también la ligaba a la cultura pagana europea más prestigiosa, la griega. Sin embargo, su propósito panhispánico fracasó, ya que su materia hespérica no encontró apenas cultivo posterior fuera de su región catalana, sea porque la lengua original del poema de Verdaguer no era la castellana, que era sin duda mucho más conocida en todos los territorios de su Reino de España, sea porque el orgullo regional alentaba a aprovechar más bien materias legendarias paganas propias, aunque hubieran sido inventadas en la Edad Media o en el Renacimiento, tales como la galaica de Breogán o la cántabra de Lelo abrazada por los foralistas vascos, sin olvidar la carpetana de Ocno Bianor que recreó Manuel Fernández y González (1821-1888) en la primera sección de *La leyenda de Madrid* (1881) y que también ligaba a esa ciudad con el acervo legendario griego. En este contexto, hubo regiones españolas, como Aragón o Asturias, que permanecieron prácticamente ajenas a esta labor de fabulación legendaria pagana sobre héroes locales reales o imaginarios de la Antigüedad, mientras que otras, como las islas Baleares, aportaron una nota de originalidad en este contexto mediante la creación de leyendas paganas completamente

nuevas. Por supuesto, ha habido en esas islas quien las relacione con un material legendario patrimonial. Por ejemplo, así lo hizo Pere Morey (1941-2019) al contar en *Les pedres que suren* [Las piedras que flotan] (1984/1995) las aventuras de Baleo, compañero de Heracles, en las islas a la que dio nombre en forma de novela arqueológica con escasos elementos sobrenaturales y cuyos personajes míticos están completamente evemerizados, esto es, son hombres de carne y hueso, navegantes griegos en un pasado lejano, pero arqueológicamente verosímil. Sin embargo, al presentar la visión mágico-premonitoria que tiene Baleos de una descendiente suya llamada Nuredduna, el propio Morey procuró vincular a sus héroes, pertenecientes a la materia de Hesperia que el mismo escritor revisitaría en torno a la evemerización de la leyenda de Pirene en *Al començament fou el foc* [Al comienzo fue el fuego] (1995), con la nueva materia legendaria balear consagrada por «La deixa del geni grec» [*El legado del genio griego*].

Esta obra es una breve epopeya de 642 versos que acoge, al igual que *L'Atlàntida* verdagueriana, diversos pasajes líricos. Su autor, el mallorquín Miquel Costa i Llobera (1854-1922) la dio a conocer en los Juegos Florales de Barcelona; allí fue premiada y publicada en 1902, en el volumen correspondiente a aquellos juegos. A continuación, Costa i Llobera la recogió como pieza de resistencia en su libro *Tradicions i fantasies* [Tradiciones y fantasías] (1903)¹, cuyo título sugiere la ambigua clasificación del poema. Este es claramente una fantasía por el carácter fabuloso de la simbólica

¹ La traducción castellana se basa en el texto siguiente: Miquel Costa i Llobera, «La deixa del geni grec», *Tradicions i fantasies*, edició crítica de Maria Antònia Perelló Femenia, Pollença – Palma de Mallorca, Fundació Rotger Villalonga – Lleonard Muntaner, 2020, pp. 283-304. Todas las notas al texto del poema son del propio Costa i Llobera. Nuestra versión es en prosa, porque una versificación como la realizada en la única traducción castellana completa anterior, impediría la fidelidad al contenido que nuestros lectores están en su derecho de exigir en una revista centrada en la ficción y no en la poesía, si es que puede considerarse que una traducción es más *poética* por estar en metro.

inmortalidad de su protagonista, Nuredduna, a la que consuelan los ángeles cuando está encerrada y condenada a morir en el fondo de lo que se llamaría la cueva de Artá, aunque su figura perviviría intacta en su idealizada belleza hasta el momento en que el jefe de su tribu alcance a verla, antes de que él mismo se arroje en holocausto a las llamas como último representante de su pueblo vencido y castigado por los egipcios. Por otra parte, también es una *tradición*, no porque Costa i Llobera hubiera seguido tradición alguna preexistente, sino más bien porque la leyenda de Nuredduna, que es toda invención suya, tenía seguramente vocación de parecer tradicional. Gracias a la belleza de sus versos, cuya mesurada y eficaz ornamentación retórica realza la narratividad del poema en vez de limitarla como en *L'Atlàntida* de su admirado Verdaguer, y gracias también al propio interés de la historia contada, con sus amores y riesgos mortales, «La deixa del geni grec» se tradicionalizó en su tierra. En ella, además de convertirse en ópera titulada *Nuredduna* con hermoso libreto en verso de Miquel Forteza Pinya (1888-1969) publicado en 1947, se levantaron estatuas de su desgraciada heroína y se resumió en los medios más diversos como leyenda propia de Mallorca; incluso Gabriel Sabrafin (1942-2008) la incluyó, con el título de «Nuredduna», en su libro de reescrituras cultas de narraciones de transmisión oral titulado *Mallorca: leyendas, tradiciones y relatos* (1978). Sin embargo, el carácter culto del poema es indudable, y no solo por su forma.

No cabía pensar que pudiera ser en absoluto tradicional la historia de Nuredduna, cuyo origen no podía ser sino culto y moderno. Bastaría para ello recordar que el protagonista masculino de «La deixa del geni grec» es nada menos que Homero. Este habría llegado al territorio de la tribu de Nuredduna y allí

habría sido salvado de ser sacrificado en un talayote como ofrenda a los dioses por ella, cautivada por el canto del entonces joven navegante. Costa i Llobera no lo llama Homero, sino que lo disimula eruditamente bajo la designación de Melesegeni, de modo que un lector menos erudito podría creer que es un personaje imaginario y su historia una fantasía, pero las notas que añadió el autor a su poema, tanto al final como a pie de página indican claramente de quién se trata. Además, estas notas explican la base histórica de otros pormenores de la narración o de su ambiente natural e histórico, lo que permite clasificarla en la categoría de histórica. A ello también contribuye el cuidado con el que el poeta intentó dar una imagen de realidad verosímil al aspecto y actos de los antiguos baleares en la medida en que se conocían entonces, aunque siempre supeditando el detallismo arqueológico al juego de la imaginación y, sobre todo, a su finalidad épica. «La deixa del geni grec» no es un cuadro costumbrista retrospectivo, sino una *fábula* en el sentido clásico del término, esto es, una narración fantasmiosa de espíritu mítico. Aunque Costa i Llobera funde *fábula* e *historia*, ya que lo narrado podría haberse producido realmente en el pasado, es la *fábula* la que acaba imponiéndose al transmutarse Nuredduna en una entidad que, aunque muerta, se ha convertido en personificación de la propia isla al haber protegido con su vida la lira igualmente simbólica que ella guarda para que los hijos de Mallorca la sigan tañendo a lo largo de los siglos, hasta llegar al propio Costa i Llobera. Este nuevo Homero balear acertó a poner al día el género de la (mini)epopeya, tanto en lo relativo a su forma como a su mentalidad, que es sin duda mucho más pacifista, y feminista, que la del antiguo rapsoda, además de revelar discretamente, igual que ocurre en la mencionada epopeya verdagueriana, el peso

del cristianismo tanto como el del cientifismo contemporáneo, aquí patente en la base arqueológica de «La deixa del geni grec».

Este cientifismo se manifestó por la misma época en Baleares no solo en el estudio de las culturas llamadas talayóticas que inspiraron a Costa i Llobera, sino también en la recogida seria de la tradición oral auténtica que tan rica era entre los campesinos de las Baleares. Así lo demuestran, por ejemplo, los volúmenes de cuentos populares mallorquines publicados a partir de 1880 por Antoni Maria Alcover (1862-1932), los cuales han sido a menudo reeditados al menos en parte y reescritos por autores posteriores. Esta enorme empresa de literatura etnográfica confluye en ocasiones con la arqueología, ya que la existencia al aire libre de grandes monumentos prerromanos bien conservados en las islas hizo que la imaginación popular pergeñara narraciones etiológicas que los explicaran. Algunas de ellas, como las reescritas en castellano por Gabriel Sabrafin en la serie titulada «Talayots, gigantes y cavernas» de su libro *Leyendas tradicionales, cuentos fabulosos y otros relatos fantásticos de las islas Cabrera, Formentera, Eivissa, Menorca y Mallorca* (1982), las atribuyen a gigantes anteriores al cristianismo. Una de ellas, relativa a un pozo prerromano del término de la población menorquina de Alayor, inspirò a un poeta también menorquín, Àngel Ruiz Pablo (1865-1927), un poemita narrativo titulado «Na Patarrà» [*Na Patarrà*]. Este ha alcanzado cierta fama local desde su publicación en la revista barcelonesa *Il·lustració Catalana* en 1904, en una

versión ligeramente diferente a la recogida en el libro de aquel titulado *Poesies* (1911)². Pese a su brevedad y a su falta de pretensiones poéticas, se trata de un texto de agradable lectura escrito tal vez tras haber sufrido la influencia de la obra maestra poco anterior de Costa i Llobera. Este había situado lo narrado en un escenario de una hermosura que su poema subraya y exalta, la cueva mallorquina de Artá, mientras que Ruiz Pablo pudo querer hacer lo propio con aquel pozo, cuyo aspecto entonces lo hacía semejante a una cueva misteriosa. Es posible también que el menorquín hubiera seguido el modelo de «La deixa del geni grec» de empleo poético de la arqueología, pues si la leyenda de transmisión oral explicaba el enorme pozo por la intervención de una mujer gigantesca de los tiempos lejanos de la gentilidad, Ruiz Pablo confiere a ese personaje folclórico vagamente definido una identidad histórica al explicar su tarea hidráulica como si fuera la purificación religiosa de un dolmen empleado para ceremonias paganas, de acuerdo con la función sacerdotal de la mujer, análoga a la desempeñada por Nuredduna en su tribu. No obstante, tal identidad permanece relativamente determinada, pues el autor no da nombre al personaje ni cuenta historia alguna en concreto que le concierna. Esta vez sí nos encontramos entonces ante una estampa arqueológica, una estampa a la que el tamaño de la mujer añade un elemento claramente fabuloso heredado de la fantasía popular de la que bebe declaradamente el poema, mientras que alguna sobria notación autoral como la mención de la «solitud

² La traducción castellana se basa en el texto siguiente: Àngel Ruiz Pablo, «Ne Patarrà» [*sic!*], *Poesies*, Mahón, Sucesores de Parpal, 1911, pp. 17-18. En la edición en prensa, el subtítulo del poema es «Tradició alaiorenca» [Tradición de Alayor]. Como ese libro no está digitalizado y no es fácil de encontrar, reproducimos en apéndice el poema con ortografía actualizada. Agradecemos a Manuel Esteban Santos la revisión del texto catalán modernizado y de las traducciones al castellano de esta leyenda y de la de Costa i Llobera.

sagrada»³ [soledad sagrada] de aquella cavidad pagana sugiere el poético respeto hacia aquella religiosidad antigua que Costa i Llobera había presentado con las connotaciones negativas que suelen conllevar los sacrificios humanos. Desde este punto de vista, el tradicionalismo

asumido de Ruiz Pablo no está reñido con un relativismo cultural laico quizá más cercano a las concepciones de hoy, cuando algunos idealizan un imperio caníbal como el azteca, que el romántico cristianismo poético de Costa i Llobera.

³ En la primera edición en la página 760 del número 76 (11.11.1904) de *Il·lustració Catalana*, Ruiz Pablo escribe más prosaicamente «el silenci i la pau» [el silencio y la paz].

MIQUEL COSTA I LLOBERA

El legado del genio griego

Fantasía de las cuevas de Artá

I

—Cabiros que vivís en las entrañas de la tierra incubando tesoros o savia que hace revivir el campo, arqueros de las alturas que disparáis el rayo, genios del bosque sombrío, del mar y de las montañas, sombras de nuestros antepasados, terror de las gentes extrañas, ¡recibid ya el sacrificio que grato a todos se extiende!

»¡Bebed, oh dioses! La tribu que os invita a beber os vierte sobre el ara la libación más rica. Si os place la sangre caliente del buey o del carnero, mucho más lo hará la sangre humana de más costosa vida. Vuestro furor se abreva en ella y olvida, saciado, el agravio y la venganza... ¡De la sangre brota el perdón!

Así cantaban cien voces en coro bajo el ramaje de la encina sagrada y el cántico se dilataba con majestad salvaje por el bosque y la noche. Entre fogatas de tea, cien jóvenes daban vueltas enseguida, formando una danza

guerrera, en derredor del tronco del árbol antiguo de días y del gran altar de roca.

Morenos, fornidos y ágiles, vestidos de piel rasa, ceñida al cuerpo la honda de triple cordel, con yelmos de cimera crestada, en la que domina la pluma de milano o de águila marina, lucían nuevas lanzas y nuevos escudos de cobre que habían conseguido, a precio de esclavos, de unos mercaderes de Hiram que hacían proa a Tarsis. Arriba, hacia las ramas, el fuego sagrado ya levantaba fatídicas las llamas para el sacrificio sobre el altar del talayote. En lo alto de aquel muro ciclópeo estaba el sacerdote de larga cabellera y barba, que harto vencían en blancura a la lana de su amplio hábito, coronado de follaje verde oscuro de encina. Robusto en su ancianidad, tenía todo el aspecto hierático e impenetrable del árbol venerado para dominar en calma solemne todo lo horrible. Ocho sacerdotes ministros servían al gran viejo.

Gentil y taciturna estaba sentada delante de él sobre un haz de hierbas sagradas, cogidas a la luz de la luna, la gran vidente del pueblo, Nuredduna la virgen. Sus ojos irradiaban en torno sueño divino... Le ceñía la cabeza un vástago de romero y la negra cabellera la desbordaba en rizos flotantes para sombrearle el rostro, austero y dulce. Le sujetaba la túnica al cuerpo un cinturón de riqueza bárbara y el misterioso halcón de plata, que brillaba sobre su tela, lanzaba a la vista centelleos de media luna serena, pero triste. Nieta del viejo jerarca, había tenido cuna en el recinto sagrado y, ya de niña, había aprendido de las antiguas hechiceras todo el arte de los sacrificios, de las hierbas medicinales, de los auspicios y de los sueños. Ella guardaba los himnos, las voces y las tradiciones del pueblo, y le decía en nuevos cánticos sus visiones, donde para los corazones surgía un alba nueva... Flor de su raza, era poesía la virgen.

Al pie del gran tronco, atados, inmóviles, mudos, había nueve extranjeros en tristes posturas de futuras víctimas. Su vestimenta y aspecto mostraban bien la raza del hermoso país helénico. Eran griegos de las islas airoas de levante que, en su navegación hacia la amplia costa de Hesperia, habían hecho escala a la orilla de la bella playa de Bóccoris, nueva colonia de Boken-Rau, que ya daba la ley del vencedor Egipto a las tribus de Clumba, la isla mayor de las Baleares. Aquella tribu, no dominada todavía, los había apenas apresado allí mediante una emboscada mientras ellos, al costear la isla, resguardados al bello abrigo de un cabo, habían saltado a tierra, como en país amigo, tras dejar en la nave su fuerte compañía. Así ellos, en la cruel espera de la agonía, con los ojos bajos, sin quejarse, como conviene a los valientes, dirigían

el recuerdo triste y suave a la patria, y sentían más honda la añoranza del hogar.

Entre ellos había un joven gallardo, como en semejanza del dios hijo de Latona, el arquero con lira de oro. Se llamaba Melesigenio y, estando él en la flor de la edad, llevaba junto con las armas, apenas rotas allá, la lira de los rapsodas. Sobre las cuerdas mudas crispaba él por entonces la mano fuerte y gentil. Viéndolo uno de aquellos presos, que era más viejo y tranquilo, le hizo una seña, diciéndole:

—Melesigenio, si tú conservas aún el genio de la alta musa, ¿por qué no cantas ahora nuestro adiós mortal?

Se incorporó el rapsoda y pronto vibraron en su derredor las notas delicadas de un preludio... Tronaron en vano las voces alborotadas de toda aquella tribu, pues la virgen profetisa hizo seña de silencio desde el talayote y lo mandó el sacerdote. Callaron todos y sonó por la espesura la pura voz del alto rapsoda:

—¡Adiós, patria de los héroes, país de la armonía! ¡Adiós, casa y padres, hermanos, amigos, parientes...! ¡Adiós, luz clara de Helios¹, espléndido rey del día, tierras donde se cría toda raza de hombres, mar de murmullos sin número, dulce aire de los vivos!

»¡Adiós...! Por mares y tierras, siguiendo vanos caminos, vinimos a buscar aquí nuestro final destinado, según la trama oscura de aquellas tres hermanas que tararean los sinos, hilando vidas humanas, las viejas moiras², hijas del Érebo y la Noche!

»¡Oh Clumba, en ti no creíamos que fuéramos a encontrar una suerte tan dura al verte cómo surgías de un mar y un cielo tan azules como los de nuestra patria, y con rocas y verdor mostrabas tu figura hermana de las

¹ Helios es el sol.

² Moiras, las tres divindades siniestras llamadas *parcae* por los latinos, las parcas.

Cícladas, sonriendo a nuestra nave, ay, como la santa Delos!

»Tus olas me parecieron recreo de las sirenas, tus campos como los de la isla en la que el divino Odiseo³ casi olvidó sus penas en morada de ninfas, y veía yo en tus costas quebradas y serenas el oculto palacio de Tetis, las cuevas de Proteo⁴.

»En Bóccoris⁵, la villa del pueblo cepto, bien fundada, soñaba yo el nuevo muro de una colonia nuestra... Pero, ay, nos estaba aquí guardada una suerte bien diversa, en manos de esta tribu, engendrada por los cíclopes⁶, que habita montes de rocas dentro del bosque oscuro.

»Y ves aquí que, fuera de los himnos victoriosos, la moira más cruel nos precipita hoy en el reino de las sombras, sin dejar memoria... ¡Si pudiésemos al menos cantar allá la gloria antigua de los héroes muertos que vagan por los campos de Asfódelos⁷!

Así cantó el poeta. Allí la tribu, escuchando sin comprender, bebía las ondas de aquel canto como la hierba seca y áspera que bebe la lluvia nueva. Pero, como la tierna rosa silvestre que en capullo sufría sed quejándose en el corazón del seco estío e inclina la cabeza y vive, por fin bañada en lluvia, así también la virgen Nuredduna, caída la frente bellísima de castaña cabellera, bebía entonces el nuevo hechizo del canto incomprensible... Y fijando la vista en la figura tan noble de aquel preso, sentía, piadosa y admirada, la revelación de la vida de un nuevo

mundo, gracias al rapsoda semejante a un inmortal.

De pronto hizo una señal el viejo jerarca y, levantándose Nuredduna, blandió su hoz brillante... Entonces empezaba la inmolación cruenta. Sonaba un cuerno siniestramente. Pares de guerreros ataban de pies y manos por tierra a los prisioneros y los llevaban a la piedra fatal del sacrificio. Ya el viejo pronunciaba la fórmula secreta y prestaban su servicio los ministros, y ya el primer cautivo, ofrecida la sangre, ardía sobre el sagrado rescoldo. Entonces la profetisa, que solía cubrirse la cabeza con su velo de lana ante la muerte de los hombres, se descubrió y, en la arista más alta del talayote, con la actitud resuelta de quien no puede callar, alzando al cielo los brazos desnudos y la mirada de unos ojos en los que centelleaba el hechizo de una inspirada, habló así:

—Oídme, ministros y guerreros... Es preciso que este joven cantor de los extranjeros no vierta su sangre aquí: por víctima escogida reclama el Dios Ignoto que se lo entreguemos vivo en la gran cueva, su misterioso templo. Allá en las grandes angustias penetra un pueblo temeroso para dejarle la víctima más pura... Dejemos vivo a este joven en la caverna oscura.

Apenas acabó la joven, un varón enfermizo, de ojos profundos que le lucían bajo el pelaje gris como rescoldos de brasa en cisco y ceniza, dijo:

—La profetisa es a veces demasiado tierna y el Dios que la ha inspirado puede ser la compasión... Las tribus no se encuentran en

³ Odiseo, Ulises en latín, rey de Ítaca, héroe protagonista del poema homérico *Odisea*. La ninfa es aquí Calipso.

⁴ Tetis, la Thetis de los latinos, diosa del mar.— Proteo, dios marino que apacentaba las focas.

⁵ Bóccoris, primitiva colonia de orientales en Mallorca, fundada por los egipcios en tiempos de Boken-Rau, según opinión del padre Fita. Es la misma población que fue municipio federado en la época romana (*foederatum Bocchoris*) según la cita de Plinio. Estaba situada junto al actual puerto de Pollensa.

⁶ Cíclopes, gigantes monstruosos del Etna. Véase la *Odisea*.

⁷ Campos de Asfódelos, los Campos Elíseos, lugares de paz donde moraban las sombras de los héroes, por los prados floridos de aquella hierba llamada *asfódelo* (*hastula regia*), planta liliácea.

sazón de perdonar hoy cuando gentes extrañas someten toda la isla, hoy cuando ya solo quedan en medio de estas montañas estas rocas libres para nuestro fuego sagrado. ¡Oh tribu de la encina, no quieras tal piedad!

Al sonido de tales palabras se alzó el gran viejo:

—¿Quién levanta sospechas sobre la virgen sagrada que ha revelado la voluntad divina...? Yo quiero que ese cautivo sea entregado en vida al Dios de las cavernas... Bastante suplicio más espantoso le espera allí, y así haremos más expiatorio el sacrificio. ¡Honor a la doncella, que es flor de mi sangre! ¡Quien diga una palabra contra ella me escupe en las canas!

Reinó entre la gente un silencio respetuoso y, bajo el venerable aspecto del viejo altivo, ministros y guerreros inclinaron la cabeza. Mientras allá acababan a los demás prisioneros, tan solo quedaba Melesigenio y no podía ni entender lo que decían ni ver cuál sería el destino que lo esperaba, pero esperaba la muerte. En tanto se repetía más fuerte el himno, se hizo en torno al árbol la aspersión salvaje y, con el fuego de la pira, dio término también la fiesta cuando ascendía del mar el lucero del alba.

No era aún de día cuando se encaminaban ya por el bosque hacia las cuevas, bajo los rayos de incierta luna, los sacerdotes, las hechiceras en torno a Nuredduna, los jefes de aquella tribu y, atado entre los guerreros, el armonioso rapsoda, que avanzaba desarmado, pero llevando todavía en la mano la prestigiosa lira. Llegaron a la orilla del mar cuando el agua rumorosa sonreía con su azul al beso primero del amanecer y se alzaban poco a poco brumas soñolientas, vistiéndose de color, claror mañanero. Seguían en silencio, seguían la ribera por un camino de cabras enteramente en la sombra de los pinos y haciendo levantarse, al pasar, la hueste de

cuervos marinos. Cuando el sol encarnado y enorme vigilaba mar adentro surgió ante la comitiva la peña brava del cabo Rojo⁸, teñida de púrpura oriental. Como una morada titánica, en el flanco de aquel peñasco se veía una arcada horrenda que, abierta, parecía las fauces de algún monstruo que engulliría un río.

Aquella gente cansada, tras subir una áspera pendiente, entró en la gran boca, donde perdió enseguida la luz del cielo y los varios ruidos de mar y tierra. ¡Eterna noche sagrada, silencio sordo que atemoriza...! El espanto cubrió como una losa al joven abatido cuando un último rayo perdido del día, azulenco, mortecino, tristísimo, se fundía en la sombra con la vislumbre última que discernía un moribundo ... Mientras tanto, encendidas antorchas de rojo resplandor, ya descubrían gradualmente aquel interior de templo que muestra, atestado de maravillas, el mismo arte divino que el vacío poblado de estrellas. Se juntan columnas de alabastro de bocel prodigioso, como nunca podrá esculpir el cincel sobre la tierra, formando pórticos y vastas galerías, y parece como si esperaran allí, como vías exornadas, el paso triunfal de míticas legiones... Otras columnas mayores, que surgen del ancho fondo, se alzan solitarias a altura tan suprema que se pierde de vista arriba su escultura pródiga, allí donde no alcanza la luz de antorchas y teas. Riquísimos tabernáculos y tribunas con doseles de filigrana, tiendas de espléndidos cortinajes, estatuas revestidas de ropajes en pliegues, sepulcros, aras, ídolos y monstruos ideales, todo lo que inventarían inmortales delirios de más sublime belleza y misterio encantador, bajo suntuosas bóvedas que el poder de un imperio ni siquiera podría imitar; todo forma una visión que suscita la admiración con fuerza soberana. Allí tiene su corte la majestad augusta del Invisible y diríase

⁸ Cabo Rojo, peñasco de ese color, que contiene las cuevas de Artá.

que, para dar justa idea de su poder, ostenta trofeos en sus muros de los enemigos que fueron, de los enemigos que serán... Así se ven en hileras por las cornisas las mágicas banderas⁹ que, tejidas de alabastro, parecen pregonar cien y cien victorias...

En medio de aquella sala se erigía un gran altar sin ídolo ni ningún otro emblema, hecho de pedazos de estalagmita y consagrado al Dios Ignoto. Aquel era el hito al que se encaminaba la larga procesión. Allí delante cayeron en muda adoración los sacerdotes y las hechiceras; entonces Nuredduna hizo una corona con el ramo de flores cogidas al claro de luna que llevaba y coronó al prisionero como víctima sagrada, según prescribe la ley del Dios oculto. Le dio a beber una copa de potente narcótico que hace dormir y creer en visiones consoladoras, calmando así el sufrimiento. Bebió Melesigenio como quien ya se aviene a todo, rendido al infortunio fatal, sin esperar nada ya... Entonces lo encadenaron al ara, de modo que no pudiera moverse y, tras dejarlo asegurado así, lo dejaron con la lira colgada a su costado. Mientras Nuredduna vertía la libación, la procesión terrible se ordenaba de nuevo y, entonando un cántico, se ponía en camino hacia la luz abierta y el horizonte sin fin... Y allá se quedaba completamente solo Melesigenio, a solas con el silencio, la oscuridad y la agonía, a solas con un plazo de vida más triste que cualquier muerte. Cada vez más oscura la voz del fuerte cántico... Cada vez más pálidas aquellas teas... A rachas fugitivas se veía y se dejaba de ver la procesión, que se perdía por aquel bosque sagrado de troncos de piedra viva. La móvil claridad, al huir, confería a las sombras un movimiento de vida y figuraba monstruos que, en negra hueste incommensurable, aleteaban en torno al jovenzuelo. De esta manera, las

maravillas del lugar eran para él como una tromba inmensa de horror que lo abismaba. Y, cuando por fin se disipaba, al perderse fuera, hasta aquel último rastro de voces y claridad, sintió Melesigenio un nuevo impulso de furor y saltó, pero lo detuvo tintineante la áspera cadena que le engrilletaba los pies. Entonces lanzó un grito a pleno pulmón a las sombras mudas, un grito horrible que el eco repitió con voces de escarnio... Después cerró su boca un mutismo desesperado y tan solo pudo oírse al fondo del aquel abismo la eterna gota de agua de la gotera llorosa que cuenta el paso de los siglos y lo hace más espantoso...

II

¿Qué claridad furtiva bajaba por la gran sima...? Apenas estaba saliendo Melesigenio del sueño cuando vio en las tinieblas una lucecita azul que se acercaba desde lejos en su dirección. Se frotó los ojos llorosos, dudando de si lo que veía podría ser aún un sueño... Y más lo creía un sueño cuanto más cerca veía la aparición extraña. Era la profetisa que, con mirada compasiva, lo saludaba serenamente, diciendo:

—¡Hijo de la aurora, no morirás! Aleja la pena que te apura. Yo te salvaré la vida, yo te abriré el camino... Si yo ante el pueblo hice por traerte aquí y encadenarte al ara del Dios Ignoto, ya era con el oculto designio de liberarte... ¡Espera!

Y así hablando, la joven deshacía las gruesas ataduras que unían por debajo las cadenas al altar. El griego no comprendía una palabra de aquella habla extraña, pero, por su tono

⁹ En la gran cueva está precisamente la *sala de las banderas*.

dulcísimo y la obra que lo acompañaba, bien pudo entender la suerte inesperada con que una mujer lo arrancaba de los brazos de la muerte.

—¡Oh tú, divina visión —exclamó—, si no eres un delirio de la cabeza febril, no quieras burlarte de mí; ¡déjame expirar sin más engaños, según lo reclama el hado cruel! Pero no, tú no me engañas... Tu voz como el hidromiel reanima con su dulzura mi valor abatido. ¿Serías acaso, oh virgen del bosque, la coronada Artemisa¹⁰ que guía a los cazadores? ¿Te envía el hermano Apolo que invocan los cantores y hacia el cual volaba mi cántico cada día? ¡Deja que te adore los pies olorosos de ambrosía y sálvame, oh divina!

Así decía el dulce Melesigenio, liberado de la cadena horrible y prosternado por tierra. Entonces Nuredduna le hizo seña de levantarse, agarró de inmediato la tea luminosa y un puñal de hueso bien liso y le indicó con un gesto resuelto que la siguiera.

La virgen y el rapsoda avanzaban sin decir palabra hacia la salida, y apenas miraban las grandes magnificencias de aquella caverna augusta. Ella saboreaba en su corazón poético el gusto de las gentiles palabras que, oídas poco antes e incomprendidas, transportaban dulzuras indefinidas como voces de una tonada que se pierde a lo lejos en la noche... Solo él, con la comezón de verse ya fuera de aquel inmenso sepulcro, batía fuerte las alas del corazón y, en el mágico espacio de aquellas salas, solamente miraba ante sus ojos atónitos a la virgen misteriosa que lo ponía en salvo. Saliendo de la caverna ya llevaban caminando largo rato sin que se viera aún entre las columnas un hilito de la claridad del día. Tal vez habían extraviado el camino... Por la alta quietud del abismo prodigioso se desviaban a veces y, mientras buscaban la puerta, se enterraban más adentro,

sin remedio... Tal duda terrible y angustiosa sentía Melesigenio y ya, receloso, iba a detener el paso cuando vio más arriba abierta la portada, que mostraba la luz incierta, azulenca y violácea de un cielo de crepúsculo. Entonces corrió él frenéticamente, miró hacia el amplísimo horizonte y allí, aspirando todo el aire que cabía en su pecho, apenas le faltó para alzar un cántico o un grito. En aquel momento le impuso silencio la virgen y ya sobre el abierto umbral, señalaba las ondas que allí dormían en calma a sus pies. Subía de las olas a ratos un rumor suave o el quejido de una gaviota que llegaba en retraso a su rincón de paz... El instante era propicio para intentar la fuga sin dar indicio de ello. En la hora en que en la distancia todo se pierde de vista, podían salir seguros, al estar el lugar desierto. Tampoco faltaba claridad oportuna y discreta, que por levante ya se anunciaba la luna. ¡Bien había escogido la profetisa su momento!

Reinaba la taciturna noche coronada de estrellas y parecía que, al cubrir todo el hemisferio, incubaba por el mundo el germen de un misterio amoroso. ¡Oh, cómo en aquella hora habrían conversado aquellas dos vidas si no se lo hubiera vedado la diferencia de idioma! Entonces la doncella, levantando la mano, señalaba la estrella vespertina y el joven, señalándole la misma estrella amorosa, se volvía hacia ella después con nuevo ardor. Así callados, bajaron hasta el mar vecino.

Allá, desde una punta que avanzaba en la costa, volvió a señalar la virgen y el griego descubrió la nave de los suyos que estaba a la espera de recoger a los compañeros que habían saltado a tierra. Para suerte más fausta del rapsoda, Nuredduna le entregó entonces, apenas aparejado por ella, un bote hecho del tronco vaciado de un almez, guarnecido con remos de encina. Embargado ante tanta fineza

¹⁰ Artemisa, la *Diana* de los latinos.

se arrodilló aprisa Melesigenio y besó humilde la fimbria del velo caído de ella. Enseguida esto lo hizo sentarse y le presentó manjares bien previstos: legumbres y carne asada y una dorada bresca y, con leche ordeñada del día, una gran copa llena de hidromiel para beber. Calmó el joven entonces el hambre y la sed crueles y, mientras pensaba dejarle su dulce lira como señal de gratitud, se dio cuenta de que, con las prisas ansiosas por escapar a la muerte, ni se había acordado de salvar su lira y la había dejado olvidada sobre el horrendo altar. Ya no le era posible volver a recobrarla y así se despidió de Nuredduna, llorando de gratitud... Pero ella, ahogando el afecto que pugnaba por estallar de su corazón, le hizo severa la seña de partida y enseguida le desató la barca de la orilla y allí, derecha sobre un arrecife, lo miró alejarse remando... Tenía entonces calado de lágrimas ocultas el extremo del velo... Y mientras tanto el bello rapsoda se alejaba, surgía, pasando llena, la luna del mar oriental, pausada, grande, teñida de un rojo sanguinolento, con el aspecto, en el misterio de su aurora nocturna, de Medea vengadora y siniestra...

Sintió Melesigenio el aliento de quien recobra el espacio y la libertad, el placer de quien se ve resucitado de la muerte, mientras remaba hacia el navío de los suyos y, un trecho antes, pidió auxilio a gritos con la voz bien conocida para ser bien recibido. Allí lo acogió ansioso todo el mundo y, después de beber todos a su salud en amistosa libación, le hicieron contar rápido y sin interrupciones lo que le había pasado en su larga ausencia. Entonces les pintó él todo con su palabra de mágico colorido: la captura, el cautiverio, la muerte de todos los

demás compañeros en el misterio del bosque sagrado, su futura inmolación en la caverna augusta, semejante a la mansión de Hades¹¹, el rey de las sombras, y finalmente la suerte inesperada de escapar, por obra inexplicable de una diosa o virgen de nombre desconocido... La varia multitud de los navegantes escuchaba absorta tal relato. Después quedó tomada la resolución de irse de allí lo más aprisa posible a excitar la fuerza del pueblo vencedor para invadir la tribu que tales horrores hacía.

En la hora en que surgía del mar la roja luna, subía también Nuredduna desde las olas cuando oyó un rumor súbito y creciente. Quiso escapar ligera, pero se vio perdida entre luces y gente. Quien allí hacía de guía era el mismo que la tarde pasada ya la había tomado con ella con palabras malignas, sobre el talayote. Aquella cabeza de ceniza dijo, pues, entonces:

—¿Qué puede manifestar el oráculo de los dioses en noche sagrada sino la altiva virgen que ellos inspiran? Un dios, como ella decía, manda que el hermoso prisionero quedase vivo como víctima en la cueva. Por tanto, conviene que nos muestre la profetisa pura cómo ese prisionero se halla atado en la oscuridad, si no es que se ha hecho invisible como aquel Dios... ¡Tu pueblo, oh Nuredduna, quiere ver lo que es suyo, quiere registrar la cueva...!

Por la otra portada ya había subido mientras tanto la profetisa y, desde aquella boca sublime, su voz resonó sobre el mar y la turba salvaje:

—Abierta está la puerta del antro, podéis entrar sin mí, corazones de jineta que tenéis sed de sangre... Pero el hombre que os guía no busca ya al prisionero; busca a Nuredduna, que odia

¹¹ Hades, dios mayor del averno, Plutón entre los romanos.

al sanguinario... Pues ya oís ahora mi última palabra.

»Yo he oído clara la voz del Invisible, yo la he podido entender en un latido de amor, y dice que no le gustan las víctimas de horror, que le es aborrecible la sangre vertida en vano, que él no es ni tigre ni buitres para querer que se haga una carnicería.

»Ya veo, ya veo como el amanecer de aquella edad futura en que, según el enigma, la virgen dará a luz, cuando el Invisible se mostrará hablando al hombre; nuevo rocío del cielo, lloverá ternura pura y ya todos se dirán entonces hermanos.

»¡Salud, claridad lejana, perdida en las tinieblas, que me muestras un vislumbre en alas de hermoso cántico! Mi vida se exhala a ti como ligero perfume... ¡Fuera armas horribles y sanguinarias fiebres de unos dioses y sacrificios de hedor bestial!

»¡Fuera este templo...! Que aquí la raza impura no manche maravillas que no puede construir. Si tanto queréis, tocad las rocas del talayote que antiguos gigantes edificaron según su estatura... ¡De aquí solo el Invisible es Dios y Sacerdote!

Así habló la profetisa. Y una pedrada zumbó hacia ella, mientras una voz airada gritaba:

—¿La habéis oído? Ha blasfemado de los dioses y quien blasfema de los dioses ¡bien muere a pedradas!

Enseguida rebotaba en derredor de Nuredduna un aguacero de piedras y alguna la hirió cuando ella entraba corriendo en la oscuridad de la cueva sagrada. Por un secreto terror no osaron seguirla aquellos armados. Detrás de la gran puerta oyeron cómo ella encendía una luz con un pedernal y solo vieron un rastro de luz como espectral por la inmensa caverna.

Dentro, dentro seguía por el antro solitario la virgen apedreada. La paz del santuario le serenaba la frente con su beso frío. Pero, ay, que había un reguero de sangre dondequiera que caminaba, ya con lentitud. Le decaían las fuerzas, los pies ya le fallaban, sus ojos no veían ya casi... Por fin pudo apenas clavar su luz en el ara y se reclinó, rendida, al pie de aquel bloque augusto. Allí, medio desmayada, oyó vibrar rumores perdidos en sus oídos, luego las sombras mudas le dieron al espíritu como un lenguaje claro y voces del alto silencio cantaron de tal manera:

—Duerme entre nosotras, descansa, virgen humana, fuera de las vidas que se lleva el temporal... En la hondura viva que pide tu gran corazón, vírgenes alabastrinas te queremos llamar hermana, ondinas intactas queremos llorar contigo.

»Oh flor de esta tierra embargada de misterio, olvida tus bosques en los que todo se deshoja y cae, olvida tu familia de sangre y cautiverio en nuestra florecencia de imperio perenne, en este tabernáculo de suprema paz.

»Aquí la obra de los siglos transfigura las rocas y, sin dolor ni obstáculo, la mano de la naturaleza prosigue tranquila puliendo estos abismos... ¡Ay, no ocurre así entre los hombres, bien lo sabes, oh prematura doncella de una raza que solo no te conoce!

»Pero conviene que se guarde la ley en toda cosa. En el universo late la inmensa aspiración y así en tierras y pueblos, en paz o airada lucha, con llantos o gota a gota, crece la obra formada poco a poco, buscando sin cesar la perfección...

»¡Dichosa tú, doncella, inspirada por el Dios oculto! Saltando sobre tu siglo, eres víctima sublime de este... Toma del altar, toma la suprema lira, que es tuya... Por un latido del

ansia con que expira tu corazón daríamos las centurias de calma que tenemos.

»¡Dichosa tú! Tu vida, breve como la del lirio o la rosa, hasta el Infinito alcanza por el pensamiento y el corazón. Muere ya, que el Invisible te ciñe su rico anillo... ¡Puedes dormir en su tálamo, esperando, oh esposa! Duerme, que tu astro sube velando por el firmamento...

»¡Descansa entre nosotras, descansa, virgen humana, fuera de las vidas que se lleva el temporal...! ¡En la hondura viva que pide tu gran corazón, vírgenes alabastrinas te queremos soberana; ondinas intactas, ya lloraremos por ti!

Después, voces más secretas y de misterio más alto, más dulces que las notas del arpa y el salterio que exhalan al Dios único la adoración santa, dijeron a la virgen la gran revelación, pero su resonancia ni se extendía a las cuevas, ni la palabra humana recogería sus notas.

III

Como ancho torrente que avanza ruidoso, si topa con un muro de rocas que de él se defiende, se estrella contra el roquedal saltando con más furor y, si entonces ocurre que una nube tonante le lanza espeso pedrisco, se irrita más y con olas más terribles se precipita rugiendo, así hacía el ejército potente de Boken-Rau por el campo de aquella tribu negada a toda paz. Aquella gente ya se había encastillado en natural ciclópeo y, defendida desde su altura, las piedras de los honderos zumbaban por doquier sobre las altivas olas de extranjeros. En oleadas se movían por todas partes armas, banderas, caballos, carros y numerosas máquinas de guerra, ostentación soberbia de un gran poder temido.

Como semidioses brillaban entre la multitud guerreros con armaduras brillantes de diversos tonos y se veían negrear medio desnudos a los saeteros de Nubia, que solo llevaban a la espalda el carcaj de flechas venenosas cubierto de piel de dragón. Volaban las saetas como una bandada siniestra que casi ocultaba el sol. La enorme catapulta, si bien no podía derribar las rocas de aquel muro, hacía muchos destrozos en su oscuro recinto.

Sin embargo, lo que hizo destrozos más funestos fue la obra nunca vista de una ballesta gigantesca que arrojaba sus dardos de alquitrán y estopa terriblemente encendidos sobre los viejos árboles del sagrado bosque. Prendían chisporroteantes las voladoras llamas entre aquellas ramas... Se propagó el incendio y por doquier del sagrado lugar llovía lluvia de fuego del ramaje fatal sobre aquella tribu, que veía caer así aterradoras las ramas protectoras de sus antepasados. El incendio aumentaba por momentos. Ardían las encinas como teas gigantescas. Y viejos, niños y mujeres, corrían de aquí para allá sin ver por dónde y, cayendo por tierra, se retorcían en un brasero amplísimo de cenizas y rescoldos, o bien morían caldeados bajo leños fragosos que caían de las alturas con horribles crujidos. Al fin la encina madre de toda la espesura, la que tenía a sus pies el altar sanguinolento, rindió las ramas muertas sobre la muerta gente y, símbolo de su tribu, volcó su antiguo tronco.

Así lo veían de lejos, mirando desde una roca del monte de las cavernas, los sacerdotes en unión, que desde allí clamaban a los dioses y hacían votos para esforzar hasta lo último a la tribu mal retirada. Entonces el jerarca, al verla ya perdida, se arrancó frenético la intacta majestad de sus cabellos y barba, honor de la sagrada cabeza.

—¡Oh hijos —dijo—, ya es la hora! ¡La raza de la encina no vive sobre tierra dominada

por el extranjero! Vayamos a las cuevas... En aquel santo horror, ¡sustraigamos al menos al invasor los huesos!

—¡Vamos! —respondieron por doquier todos sus ministros.

Y bajando de aquella altura, mudos y siniestros, recogían ramas secas y teas de pinos viejos que cargaban en haces sobre los más jóvenes de ellos. Así llegaron, mudos, a la portada de las augustas cuevas. Justo al hacer su entrada pronunciaron a media voz los nombres allí perdidos de los héroes de la tierra y de sus dioses derrotados. Entonces, a la luz de las antorchas y en orden funeral, se adentraron en el corazón del santuario, con los haces de leña aún sobre los hombros. Al llegar al centro de la caverna y al pie del gran altar descargaron la leña de quemar. Hicieron con ella una pira y pronto brotó la llama deslumbradora entre humosa niebla. Subió la hoguera, subió como torbellino de serpientes del infierno enlazadas en lucha formidable.

—¡Que comience el holocausto! —gritó aquel venerable decrepito con tranquila desesperación... Y sacerdotes y hechiceras, mudamente sumisos, rodeando la hoguera, unieron sus manos. Alrededor de ella dieron siete vueltas en silencio y, en el séptimo giro, lanzando un gemido mortal, saltaron por igual en la tremenda pira.

Cuando iba a arrojar ya el último, el jerarca quiso mirar si algún indócil escapaba y, al tender la vista, vio a la luz del fuego a su nieta sobre el trono del lugar augustísimo. Era ella, Nuredduna, allí sentada impasible, inmóvil, bella y pálida, como si oyese, desvanecida, el oráculo más secreto. Su cabeza, que se sostenía en la pared del trono, mostraba una herida, fuentecilla rojiza que goteaba un reguero de sangre nueva en su frente. Sus brazos

estrechaban, como en un transporte supremo, la lira del rapsoda en un abrazo de muerte. Al verla así su abuelo, retrocedió abruptamente y, gritando con voz de horror y lágrimas «¡Ay, Nuredduna!», saltó a las llamas de aquel abismo ardiente. Largo tiempo ardió aquella pira en silencio, ardió como holocausto del solitario templo y el humo del incendio, al llenar el santuario, tiznó para siempre blancuras alabastrinas.

Así vestís de luto, cuevas de Artá¹².

Así guardas en tus entrañas, isla dorada, la eterna lira griega envidiada por los genios, don del antiguo monarca de los cantores ideales a la flor de tu pueblo capaz de sus amores... Pero ay, tu hija augusta, que porta la gran lira, en tu abismo poético permanece inmóvil, muerta.

Nota

En la vida del patriarca de la poesía griega, obra que se atribuye al patriarca de los historiadores, Heródoto, se lee que Homero, antes llamado Melesigenio, navegó siendo aún joven desde Esmirna hasta las costas de Hesperia. De esta noticia arranca la ficción de situar a aquel rapsoda o cantor de la Grecia primitiva en Mallorca y en las cuevas de Artá. La circunstancia de abundar en los límites de este pueblo los antiquísimos monumentos megalíticos llamados talayotes me ha sugerido lo de la tribu sagrada de Artá y el personaje de Nuredduna. Este nombre lo he formado sobre la palabra *nur*, que en las lenguas antiguas de oriente significaba «fuego», por lo cual los fenicios llamaron Nura la isla de Menorca, donde abundan de modo singular los talayotes, monumentos que todavía se llaman nuragas en la isla de Cerdeña. Así vino a ser Nuredduna

¹² Es bien sabido que las grandes cuevas estalactíticas de Artá están lastimosamente ennegrecidas por el humo.

como la personificación del fuego sagrado de la raza, su sacerdotisa poética. Le he conferido un carácter sibilítico por lo arraigada que está en Mallorca la tradición de la Sibila.

Si pudo haber una de aquellas videntes en la caverna de Cumas, bien cabe que hubiese otra en las grandiosas cuevas de Artá.

ÀNGEL RUIZ PABLO

Na Patarrá

Tradición menorquina

En Torralba de Alayor había una caverna, de la cual la gente antigua nos cuenta misteriosas historias. Dice que era un antro inmenso, tallado en la roca viva por mano de los gentiles pobladores de estas islas. Una escalera conducía al fondo de la caverna y, justo en medio del inmenso antro, una pila gigantesca recogía el agua pura que se filtraba por la bóveda.

Sagrada era la cueva como esa agua que goteaba; manos sacerdotales tallaron la caverna

en la roca viva y cuenta la tradición que una mujer gigantesca se llevaba a media noche la pila sobre la cabeza y, a la luz de la blanca luna, amiga de nuestros abuelos, limpiaba la sangre viva del altar de los sacrificios. La virgen sacerdotisa velaba el dolmen sagrado y, al romper el alba, volvía a dejar la pila en la cueva y, en la soledad sagrada de aquella cueva gentilica, el agua purificadora goteaba día y noche.

APÉNDICE:
ÀNGEL RUIZ PABLO

Na Patarrà

Tradició menorquina

A Torralba d'Alaior
una caverna hi havia
d'ella en conta misterioses
històries la gent antiga.
Diu que n'era un antre immens,
tallat dins la roca viva
per la mà dels gentílics
pobladors d'aquestes illes.
a lo fons de la caverna
una escala hi conduïa
i al bell mig de l'antre immens
una gegantesca pila
l'aigua pura que es filtrava
per la volta recollia.

Sagrada n'era la cova
com eixa aigua degotissa;
mans sacerdotals tallaren
la caverna en roca viva;
i conta la tradició
que una dona gegantina

s'emportava sobre el cap
a la mitja-nit la pila
i a la llum de blanca lluna,
dels nostres avis amiga,
de l'altar dels sacrificis
ne rentava la sang viva.
Lo dolmen sagrat vetllava
la verge sacerdotisa
i a trenc d'alba dins la cova
tornava a deixar la pila,
i en la solitud sagrada
d'aquella cova gentilica,
l'aigua purificadora
degotava nit i dia.